

Luis Alberto Sánchez

Revisando a Chocano



A sé, ¡oh, sí!, ya sé que ocuparse de Chocano es, para muchos, perder el tiempo: por un lado, se trata de un “venal” y hasta de un “asesino”, (juicio ético), por otro, de un “orador de verso”, un “retórico” (juicio estético). Mal gusto ha de poseer quien se pare en semejante estación. “¿No ha visto usted que, por ejemplo, hablando de política, el General Boulanger, el célebre Général Révanche, alcanzó atronadora fama allá por el 1880, y hoy nada queda de su popularidad? ¿No cree usted que con Chocano ocurrió algo semejante? No, mi señor exquisito: no lo creo. Y aunque me aspen por vulgar, soy de los que no quitan la cara cuando oyen el nombre de Vargas Vila, ni se asustan de Lugones, ni encandilan los ojos ante Herrera y Reissig (a quien admiro con mi sangre, quizás más que con mi intelecto), y creo que una cultura se forma de múltiples facetas, contiene varios sabores, y admite opuestos tonos, como que las orquestas son en la medida que el violín no ocupe el lugar del timbal, ni el tambor el del saxófono, pues lo creador y perdurable de la vida reside en la polifonía, la multiplicidad, el diálogo extenso, o sea, en que haya sordos y vibradores, roncós y estridentes; cuerdas, bronce y parches; quintaesenciados y vulgares y mediovulgares; de donde surge el tono fecundo de una escuela y de una época. Con lo cual,

quede bien entendido, no cejo en mi posición frente a Chocano, a quien trató de enjuiciar una generación tocada de simbolismos y surrealismos, dos cuerdas poco usadas, si alguna vez, en la guitarra chocánica. (Además, como Juan Ramón Jiménez escribió cierto día, en el prólogo de *La poesía cubana: 1936*, aquello de "nerudones y chocaneros", pues hay quien olvida aquello, pero enarbola esto, como si la autoridad de uno fuese fragmentable y no un hecho compacto, macizo y total: digo: o admitimos el criterio de Juan Ramón *ad integrum*, o no lo admitimos sino que lo discutimos como cualquier otro juicio, por su objetividad, no por su fuente subjetiva).

Aunque no me agrada basarme nunca en el criterio de autoridad, hay ocasiones en que se impone hacerlo. De un lado, un grupo de gentes, muchas de ellas sin haber leído en su totalidad la obra de Chocano, le da en borrarlo del mapa literario con gesto más femenino que masculino, aún cuando pretendan lo contrario; del otro, un par de generaciones, por lo menos, lo tuvieron por su legítimo vocero. Claro: se puede argüir: es que Andrés González-Blanco era un tonto; es que Isaac Goldberg no sabía castellano; es que Federico de Onís abre muy ancha puerta; es que Ventura García Calderón era compatriota (uso el tiempo pasado sin ningún error vital); es que Rodó no entendía de poesía; es que Darío no era sincero; es que Blanco Fombona hablaba como panfletario; es que Lugones tenía "compinchadas políticas" con él; es que... ¡Poco a poco!: con el mismo criterio, uno podría revertir así: es que Diez Canedo había traducido a los simbolistas franceses; es que Juan Ramón profesa un arte opuesto, y a menudo denosta a sus colegas; es que Ventura había elogiado también a Darío y Herrera Reissig, igual que Goldberg, y Fombona, y Rodó, y Lugones, y Jaimes Freyre, y Capdevila, y Henríquez-Ureña, a quien pertenece una fina frase sobre Chocano, dicha con cierta precisión, mas no con tanta como sistemáticamente suele atribuirse al grande y malogrado Pedro, cuya vida le impidió llegar a donde tenía derecho. He leído con mucho es-

mero los comentarios sobre Chocano. No fué éste, sino ocasionalmente, escritor capaz de favorecer a quien le alabara. A menudo, al contrario, traía mal de ojo, por sus muchas aventuras y desventuras. Con todo, aun sus enemigos, en pleno litigio montonero, rendían pleitesía al poeta, olvidándose del hombre. Este hizo daño a aquél. Pero, también, con tal respecto, se cometen frecuentes errores. Uno de ellos, referirse a la sed de oro atribuída a Chocano. Creo, y puedo demostrarlo, que ello es fundamentalmente cierto, pero realmente falso. La diferencia de adverbios consiste en que, de veras, Chocano creía que el dinero era un elemento indispensable para la vida, y lo buscó y halló, con frecuencia desagradable; pero, en realidad, no amaba el dinero por el dinero, sino para obtener bienes perecederos: amor, alegría, poder, brillo, y, entonces, cambiaba el dinero, sin escrúpulos, sin guardar una onza, por dichos bienes todos ellos fungibles o efímeros, perdidos al primer uso. El lujo y el poder le sugestionaban antes que el oro o la riqueza. Cuando un hombre sacrifica todo por ser jefe político, se suele calificarlo de ambicioso, aun cuando para conseguirlo haya cometido hasta delitos. Justamente, la definición del "crimen político" (y el origen del Derecho de Asilo) residen en que el que mata por pasión política lo hace en muchos modos, por altruísmo, persiguiendo el bien de los demás, mientras que quien comete un crimen para satisfacer sus propios intereses es un egoísta. En Chocano, las transacciones, claudicaciones, aparentes servilismos, se debían a su decisión de cumplir un deber ante todo, el de ser poderoso, de disfrutar de lujo, de satisfacer su sensualidad. Derrochador, no avaro, repartía el dinero mal habido a veces, pero lo repartía siempre. Varias fortunas pasaron por sus manos, levantadas sobre la nariz, sacadas de la nada, con su verso y talento. Las perdió todas. Murió en pobreza franciscana: soy testigo. Con ello no hago el elogio de la manirrotura ni de la inescrupulosidad. Me limito a situar a Chocano en el escalón modernista a que perteneció: su gente, la de su tiempo, fué toda ella amante de la riqueza, del lujo, de la sensualidad, con variantes apreciables en el

modo, no el puerto final: ¿será de mal gusto citarme a mí mismo, en las tesis de mi libro *Balance y liquidación del Novecientos*, que ya cuenta doce años?

Hasta aquí, he prescindido del poeta. Habrá tiempo de llegar a él naturalmente. Prefiero dejarme arrastrar por los argumentos contrarios, a fin de enderezar los míos.

Yo fui de los catorce que firmaron una declaración protestando, en Lima, octubre de 1925, contra los ataques de Chocano a Vasconcelos. No era (ni mucho menos) un entusiasta de éste; hoy disto de apreciarlo siquiera como persona, salvo en lo estético, pues lo creo el primer novelista mexicano, al par que el claudicante de sus pensadores y más caótico de sus filósofos, si así puede llamársele. Pero la actitud de Chocano entonces, respecto de Vasconcelos, me pareció y me sigue pareciendo, inexcusable. Por eso, firmé aquella declaración, con Edwin Elmore, a quien el 31 del mencionado mes y año, el poeta eliminaba de un balazo en el vientre. Pude admitir que un tiro es sólo un tiro, que cueste una vida fecunda como la de Edwin: lo que no admití, ni admito es que Chocano, desde la prisión, organizara, con un grupo de gentes apasionadas las unas y las otras menguadas, (de todo eso hubo en el heterogéneo grupo), una campaña contra el honor de su víctima. Quitar la vida, y, luego, despellejar la honra del asesinado, es algo abominable. Pero ¿por eso se borra la obra del poeta? ¿Desde cuando los asesinatos ñe Benvenuto amenguan la belleza de sus estatuas? Claro, se dirá: hay que ser Benvenuto. Bueno: ¿Y por qué no, hay que ser Chocano? Cada cual en su cada cosa y en su cada tiempo y con su cada gente. ¿Aprenderemos algún día que las comparaciones no son identificaciones, sino discrepancias y analogías?

Se me ocurre que he hablado demás de mis discrepancias, como para justificar mis elogios futuros. Nada de eso. Hasta ahora sólo he tenido en cuenta para decir lo que me parece, cierto, inevitable, respeto al buen gusto, como para no lanzar excesivos elogios a los

míos, mis parientes, mis contemporáneos, mis copartidarios, ya que el lector pensaría, *Sotto voce* está alabando su propia mercadería. No. Hablo de todo aquello, porque deseo descubrir en ciertas importantes evasivas a ayudarme en mi tarea de compilar la obra chocanesca, una cobardía vitanda, un prejuicio horrible, una crueldad más allá de la muerte, que no comparto ni con el peor de mis enemigos, máxime cuando, como en este caso, es absurda, inútil y necia. (Dios me perdone tal trilogía de adjetivos: trataré de no reincidir).

Volviendo a la resonancia chocanera, durante unos buenos veinticinco años, no sólo abundaron los panegíricos, sino los imitadores, esa suerte de alabanza incontenible y aspergeante. Examinemos los versos de 1900 a 1920: el tono chocanesco aparece hasta... en Darío, quien menos se le pareció y a quien Chocano emulaba sin recato. La misma rebelión de Chocano frente a *Los Raros y Prosas profanas*; su consciente, deliberado, convicto y confeso propósito de ser "él", de cantar "a América", de diverger de Darío y compartir su cetro, pero, desde y para otro hemisferio poético, contribuyeron a darle más personalidad. Chocano optó por algo que, rebajando los términos críticos a hechos fisiológicos (si rebaja hay en ello), podría llamarse "sudar poesía" o "versificar sudores". Difícilmente hay poeta que haya sido más constante en escribir sobre sí y sólo sobre sí. Toda página de Chocano es, de hecho, autobiográfica. Yo he estado compulsando con atención su proceso lírico. Así como los periodistas convierten en notas o crónicas sus impresiones; y los pintores en "manchas", sus experiencias, así Chocano convertía en alejandrinos o endecasílabos sus expresiones diarias. De allí que, cuando se enamora de la que sería su tercera esposa, él ya maduro y ella muy joven, los versos se le vuelven ridículamente tiernos, encantadoramente cursilones, pero siempre salpicados de rasgos de gran poeta, como se ve en ese Diario de amor tardío que sus herederos han titulado *Poemas del amor doliente*.

Hablemos de "ridículo". ¿Tuvo Chocano la noción de ello?

Creo que no. Chocano era un hombre solemne, arrogante, estatuario y, sin embargo, de buen humor, salvo que se tratase de su arte. Le vi sonreír a menudo, y usar chascarros, y sátiras, y epigramas, salvo que se refirieran a él. Sólo había un Dios intangible en el mundo: él. Por eso careció de buen gusto, y su autocrítica es tan parva. Si Chocano hubiese hecho con su obra lo que hizo, allá en sus treinta y cinco años, con *La epopeya del Morro* y *El Derrumbamiento*, su obra sería estupenda. Permítaseme contar la breve historia. Cuando Chocano escribió el primero de tales poemas, con el que ganó un Premio Nacional del Congreso del Perú, su obra tenía algo así como 1,600 versos, y así aparece en la edición de *Poesías Completas*, con prólogo de González-Prada. En ese mismo tomo se inserta *El derrumbe*, constante también de otros 1,600 versos. Pero cuando, 1906, reproduce éste en *Alma América*, ya no pasa de 700 versos; y cuando reproduce aquél en *Fiat Lux*, apenas pasa de 600 versos. La podadera crítica había eliminado casi los dos tercios de cada poema para dejarlos pulidos, vigorosos, musculosos, ágiles, bruñidos. Si hubiera procedido igual con *Oro de Indias*...

La vida, sí, la vida, fué absorbente. Chocano, con su sed de poder, sacrificó al artista. Sin embargo, cuánto de bien timbrado, de hermoso, de riqueza metafórica en su obra entera. ¿Por qué hacer tabla rasa de tales valores, en nombre de un implacable odio a la retórica, con el cual nos quedaremos sin Hugo, sin Leconte, a menudo sin Espronceda y sin Byron, sin Körner, sin Carducci, sin Lugones, sin Díaz Mirón? ¿Por qué pretender que el mundo abominará perennemente de la retórica, abrazará la causa de la simplicidad, eliminará los tropos, preferirá un lenguaje en clave, a la abundancia formal de los románticos y post-románticos? ¿Es qué, pasando a otro campo, las formas femeninas escuetas han derrotado definitivamente a las opulentas, y no volverán a primar éstas, en cualquier estancia de la historia de la moda? Nadie ha clavado la rueda de la fortuna, ni ha fijado el ritmo de la historia, ni los gustos en el arte. Puede ocurrir, y ocurrirá algún día, que algún

chocanero del futuro piense en voz alta de nuestra actual predilección por la simplicidad. Que mal gusto el de esa gente: no avalorar la palabra.

Por mi propia salvación, para el escrutinio de mañana, estaré en contra de la retórica, porque me aturde el clamoreo. Empero, debo admitir y admito que no todos piensen ni sientan de tal guisa.

El orgullo fué también parte de esa ausencia de autocrítica chocanesca. Alguna vez asistí a uno de sus partos: el de *La casa colonial* y casi el de *Ante una vasija incaica*. Componía por un método enumerativo. Juntaba informes, sumaba escenas, reimaginaba, las combinaba, como una baraja, y, luego, les daba forma "verseada", lo que difiere de forma poética. Creo que ese tipo de composición corresponde más bien a la crónica que a la poesía, si es que la poesía tiene alguna manera que no sea la poda implacable después de escrita, y el acendramiento tenaz antes de escribirla.

Uno se equivoca, también, pensando en la prolificidad de Chocano. Ocurrió que se repitió mucho, y a sabiendas. Mejor dicho, un mismo poema lo publicaba en diversas partes, diciendo que era inédito, y, en algunas ocasiones, le cambiaba de título, no por negocio, sino porque corregía publicando. En lugar de hacer un borrador para sí, el borrador era la primera publicación. No alcanzó a corregirse nunca.

Los temas propios de Chocano no son todos deliberados. Claro que se propuso mucho de lo que hizo, mas no siempre pudo resistir a la tentación de hacer lo que no se proponía. Por ejemplo, en las *Notas del alma indígena*, hay mucho de indeliberado. *Quién sabe, señor* y *Así será* son dos poemas frescos, contrarios a la sensibilidad y a la técnica de Chocano; igualmente un pequeño poema sobre su hijo Jorge, en 1934, el año de la muerte del poeta. Y las composiciones *Intima* y *Nostalgia* de allá por el 1907, son de una extraordinaria fuerza lírica, dignas del mejor y mayor de los poetas del habla: no pienso igual de la admirada *Elegía del órgano*. Pero, aquí de un problema definitorio: ¿qué fué Chocano: un lírico

o un épico? Y algo de contera y contramano: ¿es que hay líricos-líricos y épicos-épicos? No ha mucho, alguien me sostenía, con no poca autoridad, que Darío iba a ser un estupendo épico y se lo interrumpió la bohemia: me citaba al respecto los últimos poemas de Nicaragua la *Salutación del optimista*, el *A Roosevelt*, etc. Podría rehacerse el argumento diciendo: ¡qué lírico el que tronchó la vida en el autor de *Nostalgia*, *Intima*, *Sol y Luna*, *Sonetos necrológicos*, *Fuga*, *Nocturnos*, *Pullman*, *Elegía marcial*... ¡que no! La preceptiva literaria es una disciplina inventada por los gramáticos para justificar su intromisión en el campo de la literatura. Dentro de sus cánones todo sobra y nada abunda, excepto la impertinencia de meterse en el cercado ajeno.

He terminado de leer y anotar las obras de Chocano. Ahora me ha quedado el comején de escribir un libro entero sobre su vida y su obra. Creo que no podré contener mi ímpetu: aquí dejo, en pública confidencia, algunas de mis dudas y algunos de mis problemas al respecto. Ayúdenme el lector experto y el profano a poner en orden mis sensaciones e ideas sobre el asunto: perdóneme el erudito que, después de sumergirme en 3,000 páginas de verso y prosa chocanescas, rehuya la jactancia de las citas de pie de página y los tenaces guarismos de las menciones bibliográficas, con lo que rendiría auténtico tributo a mi poeta de hoy, Chocano, cuya Musa fué —y esta es una de sus características más discutibles— excesivamente propensa a la precisión de los números y a la delimitación de las cantidades exactas... tanto en verso, como en prosa.

Enero de 1953.